

El palacio desprovisto de parte de su guarnicion y de toda su fuerza moral, por la ausencia del rey y de su escolta, se asemejaba mas en este momento á un lugar público, henchido de una multitud confusa, que á un cuartel general. Nadie daba órdenes ni nadie las recibia; todo se hacia por casualidad. Entre los suizos y los nobles unos hablaban de ir á la Asamblea á reunirse con el rey y morir defendiéndole aunque él no quisiese, y los otros de formar una columna de ataque, barrer con ella el Carrousel, tomar á la familia real y conducirla entre dos ó tres mil bayonetas á Rambouillet, y desde alli al ejército de La Fayette. Este último partido ofrecia probabilidades de buen éxito, pero todos eran capaces de proponer y ninguno de ejecutar: el tiempo devoraba estos vanos consejos, y las fuerzas disminuian. Doscientos suizos con Mr. Bahsmann, el estado mayor, y trescientos guardias nacionales de los mas resueltos, habian seguido al rey á la Asamblea y esperaban sus órdenes á las puertas del Picadero, no quedando en el interior de las Tullerías mas que setecientos suizos, doscientos nobles mal armados y unos cien guardias nacionales, en todo unos mil combatientes, diseminados en una multitud de puestos. En los jardines y en los patios habia aun algunos batallones desordenados, y la artillería que estaba dispuesta á volver los cañones contra el palacio, pero la intrépida actitud de los suizos y las paredes solas de aquel edificio que con tanta frecuencia se habia pintado como el foco de las conspiraciones y el arsenal del despotismo, inspiraron al pueblo tal terror, que aflojó en su embestida.

A las nueve y diez minutos, las puertas del Patio Real fueron forzadas sin que la guardia nacional hiciese ninguna demostracion por defenderlas. Algunos grupos del pueblo entraron en el patio, pero sin aproximarse al palacio. Los contendientes se observaron y cruzaron de lejos algunas palabras que nada tenian de hostiles, pues parecia que esperaban de comun acuerdo lo que la Asamblea decidiese acerca del rey. Las columnas del arrabal de San Antonio, aun no habian llegado al Carrousel; tan pronto como empezaron á salir del dique y á desembocar en esta plaza, Westermann mandó á los marseleses que le siguiesen, entró el primero á caballo con las pistolas en la mano en el patio, y formó su tropa despacio y militarmente dando frente á palacio: el pueblo prorumpió al ver esta maniobra en aclamaciones de alegría abrazando á los artilleros y gritando: ¡Mueran los suizos! ¡Es preciso que entreguen las armas al pueblo!

Pero los suizos, impassibles en las puertas y en las ventanas del palacio, oian estos gritos y veian estas amenazas sin dar ninguna señal de emoción. La disciplina y el honor parecia petrificar á estos soldados: sus centinelas puestos bajo la bóveda del peristilo, paseaban con tanta serenidad como si estuviesen de guardia en los patios silenciosos y solitarios de Versailles. Cada vez que con este paso alternativo del soldado de centinela, se aproximaban al patio y á la vista del pueblo, la multitud intimidada, se replegaba sobre los marseleses, volviendo en seguida hácia palacio cuando los suizos desaparecian bajo el vestibulo: no obstante, esta multitud se hacia audaz poco á poco aproximándose mas cada vez. Unos cincuenta hombres de los arrabales y algunos federados concluyeron por avanzar hasta el pie de la escalera

principal. Los suizos se replegaron entonces sobre la meseta y los escalones separados del peristilo por una barrera de madera, dejando un centinela fuera de ella. Este tenía orden de no hacer fuego; cualquiera que fuese el insulto todo lo debía sufrir con paciencia, y la sangre no debía derramarse por tan poco. La longanimidad de los suizos envalentonó á los sitiadores, y el combate empezó por un juego; la risa preludió la muerte. Dos hombres del pueblo, armados con unas largas alabardas con las cuchillas retorcidas, se acercaron al centinela y lo cogieron por el uniforme ó por el cinturón con el gancho de la alabarda, atrayéndole con fuerza hácia sí, con estrépitosas risotadas de alegría de la multitud, y entonces le desarmaron y le hicieron prisionero. Cinco veces relevaron los suizos la centinela, y otras tantas se apoderó el pueblo de ella de esta suerte. Las ruidosas exclamaciones de los vencedores, y la vista de los cinco suizos desarmados, animó á la multitud que titubeaba cobarde hasta entonces en medio del patio, y que se precipitó en masa dando grandes gritos debajo la bóveda. Allí algunos hombres feroces, arrancando á los suizos de manos de los primeros sitiadores, asesinaron á estos soldados desarmados, á mazazos en presencia de sus camaradas. Un tiro disparado en el mismo instante que esto sucedía, desde el patio, ó de una ventana, según unos del fusil de un suizo, y según otros de la pistola de un marselles, fué la señal de ataque.

XI.

A esta esplosion, los capitanes Durier y Beding que mandaban el puesto, formaron sus soldados en batalla detrás de la barrera, unos en los escalones, otros en las gradas de la capilla que los domina, y el resto en los

dos tramos de la escalera que arranca de las gradas de la capilla para subir á la sala de Guardias; posición formidable que permitía cruzar fuegos en cinco direcciones distintas contra el vestibulo. El pueblo empujado por el pueblo no podía evacuarlo; la primera descarga de los suizos, cubrió de muertos y de heridos las losas del vestibulo. Uno de los tiros hirió á un hombre de una estatura gigantesca y muy grueso, que acababa de asesinar el solo á cuatro de los centinelas desarmados; el asesino cayó á su vez sobre los cadáveres de sus víctimas, y la multitud espantada huyó en desorden hasta el Carrousel. Algunos tiros disparados desde las ventanas rechazaron al pueblo hasta la plaza. La artillería del Carrousel respondió á esta descarga, pero sus proyectiles mal dirigidos, fueron á dar en los tejados: el Patio Real quedó vacío y sembrado de fusiles, de picas, y de gorras granaderas. Los fugitivos se deslizaron á lo largo de las tapias al abrigo de las garitas de los centinelas de caballería. Algunos se tiraron al suelo fingiéndose muertos, y los artilleros abandonaron sus piezas arrastrados por el pánico general.

A este aspecto, los suizos bajaron en masa de la escalera principal, y se dividieron en dos columnas; la una, mandada por Mr. de Salis, salió por la puerta del jardín para ir á apoderarse de los dos cañones que estaban en la puerta del Picadero, y traerlos á palacio; la otra, en número de ciento veinte hombres y algunos guardias nacionales á las órdenes de Mr. de Durler y Pfyffer, desembocó por el Patio Real, pasando sobre los cadáveres degollados de sus camaradas. La sola aparición de los soldados en aquel patio, bastó para que los sitiadores lo desocupasen, apoderándose la tropa de cuatro piezas abandonadas que llevó bajo la bóveda del vestibulo, pero que no les pudieron servir por falta de municiones y lanzafuegos.

El capitán Durler, viendo desocupado el patio, pene-

tró en el Carrousel por la Puerta Real; formó el cuadro é hizo fuego por los tres frentes de él sobre la plaza. El pueblo, los federados y los marseleses, se replegaron á los diques y á las calles comunicando un movimiento de reflujo y de terror que llegó hasta la casa de la ciudad, y aun hasta los baluartes.

Mientras que estas dos columnas recorrían el Carrousel, ochenta suizos, unos cien nobles voluntarios, y treinta guardias nacionales, se formaron en columna espontáneamente á otro lado de palacio, bajaron por la escalera del pabellon de Flora, y volaron en socorro de sus camaradas. Al atravesar el Patio de los Príncipes para acercarse al fuego de fusilería del Patio Real, una descarga de metralla disparada en la puerta de los Príncipes, hirió á un gran número, que fué á dar en las paredes y ventanas de las habitaciones de la reina: reducida á ciento cincuenta combatientes esta columna, vuelve atrás, marcha á paso de ataque sobre los cañones, los toma, entra en el Carrousel, apaga los fuegos de los marseleses, y regresa á las Tullerías por la Puerta Real. Los dos cuerpos se trajeron los cañones, y dejando á los heridos en el vestíbulo, entraron de nuevo en palacio.

XII.

Los suizos apartaron los cadáveres que yacían en el vestíbulo para hacer lugar á sus heridos. Las gradas y las columnas chorreaban sangre. Por su parte, Mr. de Salis, se trajo por el jardín las dos piezas que fué á tomar á la puerta del Picadero; sus soldados abrasados á la ida y á la vuelta por el fuego cruzado de los batallones de la guardia nacional que ocupaban la azotea de la orilla del río y la de los Fuldenses, habían dejado treinta hombres de ciento que eran, muertos ó mal heridos en

el camino, no respondiendo ni con un tiro á este fuego inesperado de la guardia nacional: la disciplina pudo más en ellos que el instinto de su propia conservación. Su deber era morir por el rey, y murieron sin disparar sobre un uniforme francés.

Si en el instante de la evacuación repentina de las Tullerías y del Carrousel, á consecuencia de la salida de los suizos, estos soldados extranjeros hubiesen sido secundados por alguna caballería, la insurrección rechazada y cortada en todas partes, hubiera cedido el campo de batalla á los defensores del rey: los novecientos hombres de la gendarmería apostados desde el día anterior en el patio del Louvre, en la plaza del Palacio Real, en los Campos Eliseos, y á la entrada del Puente Real por el lado de la calle del Bac, eran más que suficientes para sembrar el desorden en las masas confusas y desarmadas del pueblo; pero este cuerpo, con el que se contaba mucho en palacio, quedó abandonado á sí mismo, y se inutilizó por la falta de pericia ó de decisión de sus gefes. Desde la llegada de los marseleses al Carrousel, los quinientos gendarmes del patio del Louvre, dieron señales inequívocas de insubordinación, respondiendo á las escitaciones de las bandas armadas que pasaban por los diques, y levantando sus sombreros dando las voces de ¡Viva la nación! Al primer cañonazo que resonó en el Carrousel, montaron precipitadamente á caballo, y se encerraron en este recinto para ser víctimas. El mariscal de Mailly les envió orden para salir por escuadrones por la puerta de la Columnata, cortar el ejército de Santerre dando una carga sobre el dique, y dividirse en seguida en dos trozos para rechazar con el uno el pueblo hacia el arrabal de San Antonio, y con el otro echarle hacia los Campos Eliseos. Allí otro escuadrón de gendarmería que estaba formado en batalla en la plaza de Luis XV, llevando consigo algunas piezas de artillería, debía cargar á aquellas masas, y presentárselas

al rey despues de haberlas hecho prisioneras. Mr. de Rulhières, que mandaba esta gendarmería, reunió los oficiales para comunicarles la orden, pero todos le respondieron que sus soldados los abandonarían, y que para conservar al menos en la apariencia algun imperio sobre ellos, y evitar una desercion manifiesta, era necesario alejarlos del campo de batalla y llevarlos á otro punto. «¡Cobardes! exclamó indignado un oficial, dirigiéndose á los soldados, si no quereis mas que correr, ir á los Campos Eliseos, que allí hay bastante sitio.» En el mismo instante en que titubeaban los espiritus, la multitud de fugitivos que se escapaban del Carrousel del fuego de los suizos, invadía el patio del Louvre metiéndose en las filas entre los caballos, gritando. «¡Que matan á nuestros hermanos!» A estos gritos, la gendarmería se desbanda yendo por pelotones á la puerta que conduce á la calle del Gallo, y se escapa á galope por todas las calles inmediatas al Palacio Real.

XIII.

Los suizos habian vencido; los patios estaban desocupados, tomados los cañones, y el silencio reinaba en torno de las Tullerías: los suizos cargaron sus armas y formaron á la voz de sus oficiales: los nobles rodearon al mariscal de Mailly suplicándole que formase una columna de ataque con todas las fuerzas disponibles que quedaban aun en palacio, y que se trasladase al Picadero con la artillería; que reuniese los quinientos hombres de la escolta del rey que estaban formados aun en batalla en la azotea de los Fuldenses; que llamase á los suizos que se habian quedado en el cuartel de Courbevoie; y que saliese de Paris con la familia real, llevándola en el centro de esta respetable columna. Los criados del rey,

las damas de la reina y la princesa de Lamballe, se agolparon á las ventanas de palacio teniendo el alma y la vista fijas en la puerta del Picadero, creyendo á cada momento ver salir la comitiva real para concluir y utilizar la victoria de los suizos; pero vana esperanza, aquella victoria sin resultados, no fué sino uno de esos cortos intervalos que las catástrofes inevitables dejan á las víctimas, no para triunfar, sino para darles un respiro.

XIV.

Los cañonazos de los marseleses y las descargas de los suizos, resonando inopinadamente en las bóvedas del Picadero, habian causado sensaciones muy distintas en el corazon de los hombres cuyos destinos se decidían á algunos pasos de aquel recinto por un combate invisible. El rey, la reina, madama Isabel y el reducido número de amigos fieles, encerrados con ellos en la tribuna del logógrafo, ¿podían disculparse en lo íntimo de su alma, de hacer votos involuntarios por el triunfo de sus defensores y de responder con las palpitaciones de la esperanza á cada descarga de un combate, cuya victoria los salvaba y los coronaba de nuevo? Sin embargo, ocultaron bajo la dolorosa consternacion de sus fisonomías la alegría secreta que podían tener en su corazon. Manifestáronse, pues, moderados ante sus enemigos, y ante el mismo Dios, que les hubiera pedido cuenta de la sangre derramada; si hubiesen sido capaces de alegrarse al verla correr. Nada se traslucía en sus facciones, sus corazones estaban cerrados y sus pensamientos suspensos al oír el estruendo exterior que les hacia escuchar pálidos y en silencio el estrépito con que estallaba su destino en aquellas detonaciones.

Los cañonazos iban en aumento: el ruido de la fusi-

lería parecía acercarse y crecer, los cristales temblaban como si el viento de las balas les hiciese conmover al pasar por encima de la sala; las tribunas se agitaban y daban gritos de espanto y de horror. Una espresion general de ira y de solemne intrepidez se esparció por las facciones de los diputados, que aplicaban el oído y miraban con indignacion al rey. Vergniaud, triste, mudo y tranquilo como el patriotismo, se cubrió en señal de luto. A esta accion que espresaba el pensamiento público por una señal, los diputados se levantan bajo el impulso de una impresion eléctrica, y sin tumulto y sin vanos discursos dan tnánimemente el grito de ¡Viva la nacion! El rey se levanta á su vez y anuncia á la Asamblea que acaba de enviar orden á los suizos para que cesase el fuego, y para que se volbiesen á sus cuarteles. Mr. de Herville salió para llevar esta orden á palacio, y los diputados se sentaron y esperaron algunos minutos en silencio, el efecto que produciría la orden del rey.

Súbitamente las descargas de fusilería mas próximas aun, resuenan en la sala; estas procedian de los batallones de la guardia nacional de la azotea de los Fuldenses, que hacian fuego á la columna de Mr. de Salis: entonces desde las tribunas gritaron que los suizos vencedores, estaban á la puerta y venian á degollar á los diputados en el recinto de sus sesiones: en seguida oyense algunos pasos precipitados y el choque de armas en los corredores: algunos hombres armados se empeñan en penetrar en la sala, pero varios diputados se ponen delante intrépidamente y los rechazan. La Asamblea creyó que los suizos vencedores iban á inmolarla á su venganza, y el entusiasmo de la libertad la embriaga de una fúnebre alegría: ni un solo movimiento de terror envilece á la nacion que iba á morir en ella. «Este es el momento de sucumbir dignos del pueblo en el puesto á que nos ha enviado,» dijo Vergniaud; á estas palabras los diputados vuelven á sus bancos. «Juremos todos en este momento

supremo vivir ó morir libres.» La Asamblea entera se levanta, todos los brazos se estienen, y todas las bocas pronuncian el juramento: las tribunas conmovidas por este movimiento de heroismo, se levantan con la Asamblea. «¡Nosotros, dicen, tambien juramos morir con vosotros!»

Los ciudadanos que se agolpaban en la barra, los periodistas en sus tribunas, y aun los secretarios del logógrafo, puestos en pie al lado del rey, estendieron la mano para jurar y agitaron con la otra sus sombreros en el aire asociándose por un irresistible impetu á esta aceptación de la muerte por la causa de la libertad. No fué este un juramento de mera fórmula, ni de aquellos en que los cuerpos politicos arrostran peligros imaginarios, desafiando á la debilidad; la muerte se mecía sobre sus cabezas, y llamaba á sus puertas: ninguno sabia el éxito del combate. El corazon de los ciudadanos salió al encuentro del acero, y la muerte los hubiese herido en medio del entusiasmo, y de la alegría de su juramento. Los oficiales suizos se retiraron, las descargas fueron disminuyendo y alejándose, y los diputados, las tribunas y los espectadores se quedaron algun tiempo en pie con los brazos estendidos y mirando á la puerta. El peligro habia pasado ya, y aun estaban en esta postura, de suerte que parecia que el fuego del entusiasmo les habia herido. La historia repetirá siempre este acto de heroismo cuantas veces quiera hacer respetar la cuna de la libertad y engrandecer la imágen de las naciones.

XV.

Los suizos que habian ocasionado este movimiento, eran unos oficiales de la escolta del rey que buscaban un refugio en aquel recinto para evitar el fuego de los ba-

tallones de la azotea de los Fuldenses: se les hizo entrar en el patio del Picadero, y se les desarmó de orden del rey.

Durante esta escena, Mr. de Hervilly llegó á palacio atravesando por medio de las batas en el momento en que la columna de Mr. de Sais volvía con los cañones. «Señores, les dijo desde lo alto de la azotea del jardín cuando pudo hacer oír su voz, *el rey os manda ir todos á la Asamblea nacional.*» Añadiendo por sí mismo y como última idea de prevision en favor del rey, *con los cañones.* A esta orden Mr. de Durier reúne cerca de doscientos hombres, hace arrastrar un cañon desde el vestibulo al jardín, tratando en vano de descargarlo, y se pone en marcha para la Asamblea sin que los otros puestos estiores, que no estaban prevenidos de esta retirada, tuviesen tiempo para seguirlo. Esta columna acribillada en su marcha por las balas de la guardia nacional, llegó en desorden y mutilada á la puerta del Picadero; en seguida es introducida dentro de los muros de la Asamblea, en donde rinde las armas. Informados los marseleses de la retirada de una parte de los suizos y testigos de la defeccion de la gendarmeria, marcharon por segunda vez adelante: las masas de los arrabales de San Marcelo y San Antonio, inundaron los patios. Westermann y Santerre, les mostraron, sable en mano, la escalera principal, y los impulsaron al asalto cantando el *za ira...* La vista de sus camaradas muertos y tendidos en el Carrousel los exaspera y les hace arder en deseos de venganza, no siendo ya los suizos á sus ojos mas que unos asesinos pagados. Cada uno se propone y jura interiormente lavar el suelo y el palacio con la sangre de aquellos estrangeros, y todos se precipitan como un torrente de picas y bayonetas bajo las anchas bóvedas del peristilo: otras columnas rodeando el palacio penetran en el jardín por la puerta del Puente Real y del Picadero, y se agrupan al pie de las paredes. Tráense entonces

seis cañones de la casa de la ciudad y puestos en la esquina de las calles de San Nicasio, de las Ortigas y de la Escala, lanzan balas y metralla sobre palacio.

Los débiles destacamentos esparcidos por las habitaciones, se reúnen sin orden ni concierto en el puesto mas inmediato; ochenta hombres se agrupan en las gradas de la escalera principal, haciendo desde allí un fuego graneado, que deja tendidos en el vestibulo cuatrocientos marseleses. Los cadáveres de estos sirven de escala á los demas para trepar á la posicion. Los suizos se repliegan lentamente de escalon en escalon, y van cediendo el terreno á palmas, dejando una fila de cadáveres en cada grada; el fuego disminuye á proporcion que van cayendo, pero todos disparan hasta morir. El último tiro anuncia la muerte del último suizo.

Ochenta cadáveres están atravesados en la escalera, y desde aquel instante el combate se convirtió en una carnicería. Los marseleses, los de Brest, los federados y el pueblo inundan las habitaciones. Los suizos aislados que encuentran son inmolados en todas partes, algunos tratan aun de defenderse y no consiguen mas que añadir al furor de sus asesinos, los horrores de su suplicio: la mayor parte arrojan las armas á los pies del pueblo, se arrodillan y ofrecen impávidos la cabeza á los golpes de sus enemigos; otros piden la vida, pero los agarran por las piernas y por los brazos y los lanzan vivos por las ventanas. Un peloton compuesto de diez y siete hombres se habia refugiado en la sacristia de la capilla; así que los descubren, y por mas que el estado de sus armas que enseñan al pueblo, atestiguan que no habian hecho uso de ellas en la jornada, son desarmados, se les desnuda y son degollados inmediatamente en medio de los gritos de: *Viva la nacion!* Ni uno solo pudo salvarse.

XVI.

Los que se encontraban en el momento del ataque en el pabellon de Flora y en las habitaciones de la reina, se reunieron á doscientos nobles y á algunos guardias nacionales al mando del mariscal de Mailly; y formando una masa como de quinientos combatientes, trataron de obedecer la orden del rey, evacuando el palacio militarmente para ir al lado de su persona á la Asamblea. La salida que daba al patio, estaba ocupada por el pueblo y batida por la artilleria: la del jardin aun todavia era practicable, aunque tenia que sufrir el fuego de los batallones del arrabal, que ocupaban el Puente Real y las orillas del rio; la columna tomó esta direccion, pero la verja de la Reina que daba entrada al jardin estaba cerrada: aunque se hicieron esfuerzos desesperados para forzarla, la reja resistió largo rato hasta que al fin se consiguió romper una de las barras de hierro macizo con las bayonetas, dejando una abertura por donde no podia salirse sino uno á uno.

Por este estrecho portillo tuvieron que salir quinientos soldados entre nobles y guardias nacionales esponiéndose á los tiros certeros de dos batallones; salieron, sin embargo, porque los clamores de sus compañeros asesinados á sus espaldas les hacian preferir una bala pronta y mortal á una carniceria lenta y atroz. Los siete primeros que salieron, cayeron al mismo tiempo de atravesar la reja, y los demas pasaron á la carrera sobre sus cuerpos y se dirigieron á escape al jardin. Los uniformes encarnados de los suizos sirvieron de blanco al fuego de los batallones, y este encarnizamiento contra los suizos salvó á los nobles: las balas escogian á los estrangeros y perdonaban á los franceses. Todos los suizos murieron. De los criados del rey y los voluntarios solo mataron dos,

que fueron Mr. de Clermont de Amboise y Mr. de Casteja. Los otros se guarecieron detrás de los árboles que los protegieron algun tanto, pero recibieron á boca de jarro la descarga cerrada de un puesto de la guardia nacional situado en medio del jardin, dejando treinta muertos en el paseo principal antes que consiguiesen llegar á la puerta del Picadero. Allí, Mr. de Choiseul en nombre del rey se puso intrépidamente delante de ellos con la espada en la mano y penetró en el recinto de la Asamblea para poner á aquellos franceses bajo la salvaguardia de la nacion.

XVII.

El resto de la columna fugitiva de palacio se abre paso por el puente levadizo, cubriéndose con los árboles, cuyos troncos son deshechos por las balas de cañon y de fusil. Una descarga á metralla, disparada desde el puente rechaza aquella fuerza hácia el terraplen del invernadero. Sesenta suizos y quince nobles muerden el polvo en el pretil del estanque grande, debajo de la estáua de César. Otra gran parte de ellos heridos por las balas ó por las ramas que caen de los árboles sobre sus cabezas, escapan á la muerte, tiñendo con su sangre el patio principal. Los señores de Virieu, de Lamartine y de Viomenil fueron de este número. Al llegar al pie del terraplen del invernadero estos oficiales deliberaron lo que habian de hacer en medio de un fuego horroroso, y se dividieron en dos opiniones y en dos columnas; los unos retrocedieron hácia la Asamblea, y los otros se decidieron á atravesar la plaza de Luis XV arrojando el fuego de la artilleria del puente levadizo, y fueron á uirse en los Campos Eliseos á la gendarmeria, de la cual veian un escuadron formado en batalla. Los que entraron en el

Picadero fueron desarmados, y despues de la victoria conducidos á las cárceles de Paris y asesinados el 2 de setiembre. Los que salieron por la reja del invernadero perecieron, unos en la plaza de Luis XV y otros en los Campos Eliseos, á manos de aquella misma gendarmeria que se unió al pueblo para acabarlos: algunos pocos como Mr. de Viomenil hallaron un asilo en las cuevas de la calle de San Florentino y de la Real, y sobre todo en la casa del embajador de Venecia, Pisani, que se espuso á morir por salvar la vida á unos desconocidos. Otros se apoderaron de un cañon escoltado por un débil destacamento cerca del puente de Luis XV, y trataron de servirse de él para proteger su retirada, pero una carga de la gendarmeria se lo quitó y los arrojó al Sena. Mr. de Villers que hacia poco habia salido de este cuerpo, en donde era mayor, creido que esta tropa venia en su socorro, se presentó delante de sus antiguos compañeros, «¡Favor, amigos míos!» les dijo. A estas palabras uno de los oficiales de aquel escuadron que lo reconoció, sacó friamente sus pistolas y le deshizo la cabeza á boca de jarro. Los demas murieron á sablazos.

La retirada de aquellos débiles restos de los defensores del palacio, no fué sino una continuacion de lances individuales; unos tiraron sus armas, y despojándose de toda prenda militar, se confundieron entre la masa de los espectadores del combate; otros se abrieron paso pistola en mano hasta la orilla del rio, y apoderándose de los botes abandonados, atravesaron el Sena, ocultándose en los bosques de Issy y de Meudon, debiendo la vida á la hospitalidad desinteresada de los pobres labradores, estraños á las discordias civiles. La hospitalidad es la caridad del pobre. Otros hubo, en fin, que se dividieron en pequeños grupos, y se metieron por las calles laterales de los Campos Eliseos, ó bien saltaron las empalizadas y tapias de los jardines.

XVIII.

Uno de estos destacamentos, compuesto de veinte y nueve suizos y un page de la reina á su cabeza, se metió en el patio del ministerio de Marina, situado en la izquierda de la Calle Real. El page representó en vano á sus compañeros que acosados en aquel estrecho asilo perecerian todos, pero los suizos persistieron en no salir de allí, fiándose en la generosidad del pueblo. Un grupo de ocho federalos se presentó á la puerta, los suizos salen entonces uno á uno, tiran sus fusiles á los pies de los federados, y se persuaden que sus enemigos compadecidos al ver su actitud de vencidos les perdonaran la vida. «¡Cobardes, les dijo uno de los federados, no os rendis sino por miedo, y no tendreis cuartel!» Hablando de este modo hincó el hierro de la pica en el pecho de un suizo, y mató á otro de un pistoletazo, cortádoles las cabezas con el sable para pasearlas en triunfo.

En vista de esto, los suizos indignados recobran su energia en medio de la desesperacion, y á la voz del page recogen sus fusiles, y de una descarga matan siete de los ocho federados. Acuden entonces muchos mas y ponen un cañon cargado á metralla en la puerta, con el cual hacen fuego en seguida y matan veinte y tres soldados de los veinte y siete que eran. Los otros cuatro con el page, ocultos por el humo se deslizaron sin ser vistos á la cueva del edificio: envueltos en la arena húmeda burlaron el furor de sus enemigos, y ya de noche, el portero, único que sabia el secreto de su fuga, les llevó alimentos y abrigos, con lo que logró dar calor á sus miembros entorpecidos por el frio y por la humedad de aquellas bóvedas heladas, procurádoles ademas vestidos menos sospechosos, y cortádoles el cabello y los bigotes pudo sacarlos despues de allí uno á uno á favor de este disfraz.

Otros sesenta que se retiraban en buen orden al mando de cuatro oficiales, atravesando los Campos Eliseos en direccion de su cuartel de Courbevoie, fueron envueltos por la gendarmeria y llevados a la casa de la ciudad. Al llegar a la plaza de Greve su escolta los asesinó en medio de los aplausos del pueblo y a la vista del ayuntamiento.

Treinta hombres mandados por Mr. de Forestier de San Venant, joven oficial suizo apenas adolescente, fueron cercados por todas partes en la plaza de Luis XV. Ciertos de morir, trataron al menos de vengar su sangre, cargando a la bayoneta los puestos de gendarmeria y artilleria que rodeaban la estatua de Luis XV en medio de la plaza. Tres veces fueron reforzados estos últimos, y aquellos treinta valientes cayeron la mayor parte uno a uno a impulsos de un diluvio de balas dirigidas contra ellos en todas direcciones. Reducidos ya a diez, consiguieron por fin forzar el paso, y metiéndose en el jardin en los Campos Eliseos combatieron de arbol en arbol hasta la muerte. Mr. de Forestier fué el único que sobrevivió momentáneamente a aquella catástrofe, porque no tenía aun ninguna herida, pero cuando estaba pronto a escalar la tapia del jardin, un gendarme de a caballo saltando el foso que separa el paso de la calzada, le dejó muerto de un culatazo en los riñones.

El joven Carlos de Autichamp, al salir del palacio y retirándose solo por la calle de la Escala, fué detenido por dos de los de Brest, a quienes dejó frios de dos pistoletazos. El pueblo se apodero de él y lo llevaron a la plaza de Greve para inmolarlo; esto sucedió en el momento en que degollaban a los sesenta suizos. Un movimiento de la multitud le separó de los que le escoltaban; al quererlo agarrar de nuevo recogió una bayoneta que habia caído a sus pies y la clavó en el corazon de un guardia nacional que lo tenia cogido por el pescuezo: entonces hiere ó amenaza a todo el que se le aproxima y

se lanza a una casa, cuya puerta estaba abierta; sube precipitadamente la escalera, sale al tejado, entra en otra casa que daba a distinta calle, tira sus armas, se disfraza y escapa por solo su valor de diez mil brazos dispuestos a asesinarle. Un noble anciano de ochenta años, llamado el vizconde de Broves, diputado en la Asamblea constituyente, herido en palacio, se retiró tratando de ocultar su herida, pero es descubierto por la sangre que corre por sus cabellos y por todo su rostro; el pueblo reconoce en él un enemigo y le sacrifica en las gradas de la iglesia de San Roque.

XIX.

Mientras que los restos de las fuerzas militares que guarnecian el palacio se dispersan ó perecen fuera de él, el pueblo implacable asalta las habitaciones trepando por cima de los cadáveres de los marseleses y suizos para saciar su venganza en el interior. Los nobles, los pages, los sacerdotes, los bibliotecarios, los ayudas de cámara, los criados del rey, los ugieres de cámara, los simples servidores; en fin, todos cuantos habia en el palacio eran a sus ojos cómplices de los crímenes del trono. Las paredes mismas les inspiraban ira y venganza: estas paredes habian encubierto, segun ellos, las tramas del clero, de la aristocracia, y de las cortes, desde la conjuracion de San Bartolomé hasta las traiciones del comité austriaco y hasta las descargas pérfidas de los satélites estrangeros que acababan de asesinar al pueblo. Ellos querian lavar la sangre con la sangre. Esta corria por todas partes, y aquellos furiosos no andaban sino sobre cadáveres. La muerte misma no bastaba a su encono: un resentimiento feroz perseguía aun mas allá de la tumba la sed insaciable de aquellos monstruos, depravando la

naturaleza y rebajando al pueblo á ser peor que las fieras, porque aquellas hieren, pero nunca despedazan. Apenas caian las victimas bajo el hierro de los marseleses, cuando una horda furiosa se precipitaba sobre los cadáveres, que arrojaban por los balcones; los despojaban de sus vestidos, se gozaba en su desnudez, les arrancaban el corazon, estrujándolo para que chorrease sangre como el agua de una esponja, les cortaban la cabeza y tremolaban obscenos trofeos, que escitaban las risotadas de las Megeras de las calles. Nadie se libertó; el combate fué una carnicería.

Bandas armadas de hombres de los arrabales, con la pica ó el cuchillo en la mano, se esparcieron por las escaleras interiores y por los corredores oscuros del inmenso laberinto de todos los pisos del palacio, despedazando las puertas, agujereando los techos, rompiendo los muebles, tirando las obras artísticas ó de lujo por las ventanas, rompiendo solo por romper, mutilando por rencor, y no buscando el despojo sino la ruina. En este saqueo general del palacio hubo devastacion, pero no pillage: el pueblo en su ferocidad, se hubiera avergonzado de buscar otra cosa que á sus enemigos; el objeto de su levantamiento era la sangre y no el oro; se vigilaba á sí mismo mostrando sus manos enrojecidas, pero vacias. Algunos ladrones vulgares, que fueron sorprendidos in fraganti apropiándose algunos objetos, fueron ahorcados por el pueblo en el momento, poniéndoles un cartel que manifestaba lo vergonzoso de su accion. Las pasiones depravan, pero elevan tambien. El entusiasmo general que sublevaba á este pueblo le hubiera hecho ruborizarse de pensar en otra cosa que en la venganza y en la libertad: el furor que le poseia le dejaba, sin embargo, el sentimiento de la dignidad de su causa. Se sació de asesinatos, se embriagó en los tormentos y en el derramamiento de sangre, pero la generalidad respetó en sí al campeón de la libertad. Cuadros, estatuas, vasos, libros, porcela-

nas, espejos, obras maestras de todas las artes, acumuladas por los siglos en el palacio para esplendor y delicias de los soberanos, todo voló hecho pedazos, todo fué reducido á polvo ó ceniza. Por un capricho de la casualidad, nada quedó intacto sino un cuadro, composicion de Tetti, que estaba en la alcoba del rey y que representaba la Melancolía, como si el emblema de la tristeza y de la vanidad de las cosas humanas fuese el único monumento eterno destinado á sobrevivir á las dinastías y á los palacios.

XX.

Las damas de la reina y de las princesas, las camaristas, la princesa de Tarento, las señoras de la Roche-Aymon, la de Gínestous y la joven Paulina de Tourzel, hija de la marquesa de este título, aya de los principes de Francia, se habian reunido desde el principio del combate en las habitaciones de la reina. Las descargas de artillería, la metralla de los cañones del Carrousel, que pegaba en las paredes, la invasion del pueblo, la salida de los suizos, la victoria de un momento, seguida de un asalto aun mas terrible, los gritos, el silencio, la fuga de las victimas perseguidas, por encima de sus cabezas, en la galería de los Carracios, la caída de los cuerpos, arrojados por los balcones á los patios, los rugidos de la multitud debajo de las ventanas habian suspendido en ellas la respiracion y la vida: hacia tres horas que morian de mil golpes.

La multitud, que habia hecho su primera irrupcion por otra escalera del palacio, aun no habia descubierto su asilo. A este se iba por la escalera oculta que subia desde la habitación de la reina á la del rey, y por la escalera de los Principes, obstruida por una masa enorme

de cadáveres marseleses. Una de las bandas de degolladores encontró al fin el acceso de la escalera interior: los últimos escalones comunicaban á los corredores bajos y oscuros de los entresuelos, practicados entre los dos pisos. En estos entresuelos estaban los cuartos de la servidumbre inmediata de la familia real. Las puertas fueron hundidas á hachazos, inmolando los asesinos á los volantes y á la húngara de la reina. Madama Campan, su camarista favorita, y dos de sus criadas, se arrojaron á los pies de los degolladores, abrazando los sables que levantaban para ellas: «¿Qué haceis vosotros? dijo en voz baja uno de los marseleses; á las mugeres no se las mata.—¡Levantáos, miserables! ¡la nacion os perdona!» repuso un hombre que llevaba una gran barba y que acababa de asesinar á un volante, y las hizo subir en una banqueta puesta en el hueco de una ventana donde la multitud podia verlas y oirlas, haciéndolas gritar ¡*Vive la nation!* Un aplauso general acogió esta exclamacion.

Los dos ugiéres de la cámara del rey, Saltas y Marchais, que podian evadirse entregando la puerta, murieron por obedecer á su juramento. Se pusieron los sombreros y sacando las espadas, «Aquí es nuestro puesto, dijeron á los marseleses, queremos morir en el umbral que hemos jurado defender.» El ugié de la cámara de la reina, llamado Diet, quedó solo, como centinela generoso, á la entrada de la habitacion en donde se habian refugiado las mugeres, y su ombió defendiéndolas. Su cadáver, atravesado en la puerta, sirvió aun de defensa á las damas. La princesa de Tarento, que oyo caer á este último y leal defensor, fué á abrir por sí misma la puerta á los marseleses: su gefe, admirado de la presencia de espíritu y de la dignidad de esta muger en presencia de la muerte, contuvo un momento á su tropa; la princesa, llevando de la mano á la jóven y bella Paulina de Tourzel, confiada á ella por su madre, «Heridme, dijo al marseles, pero salvad el honor y la vida de esta jó-

ven: es un depósito que he jurado devolver á su madre; volvedla su hija y tomad mi sangre.»

Los marseleses enternecidos respelaron y salvaron á estas mugeres, ayudándolas á saltar por encima de los cadáveres que yacian en las antecámaras y corredores.

Algunos hombres del pueblo, al saquear los aposentos, habian roto las fuentes de mármol de los baños de la reina. El agua mezclada con la sangre inundaba el suelo, tiñendo de rojo los pies y los bajos de los vestidos de estas fugitivas, que fueron confiadas á dos hombres del pueblo, que las condujeron furtivamente á lo largo del río, por debajo del dique, hasta el puente de Luis XVI, dejándolas en seguridad con sus familias.

XXI.

La persecucion de las víctimas que trataban de libertarse de la muerte duró tres horas. Las cuevas, las cocinas, los subterráneos, los pasos secretos y aun los tejados goteaban sangre. Algunos suizos que se habian ocultado en las caballerizas, dentro de montones de yerba, fueron ahogados por el humo ó quemados vivos. El pueblo queria hacer una inmensa hoguera de las Tullerías; ya las caballerizas, los cuerpos de guardia y los edificios que rodean los patios estaban ardiendo; varias hogueras formadas con los muebles, los cuadros, las estampas y los libros de los cortesanos que vivian en el palacio ardian en el Carrousel, pero unas diputaciones de la Asamblea y del ayuntamiento preservaron con trabajo el Louvre y las Tullerías de un incendio. Pareciale al pueblo que si dejaba en pie estos edificios tarde ó temprano le devolverian el despotismo, y que seria un remordimiento de su esclavitud que se elevaria siempre delante de él: quiso destruirlo para que un nuevo trono

no tuviese un punto de apoyo en la ciudad de la libertad. No pudiendo incendiar las piedras se vengó en los hombres. Todos los ciudadanos de una adhesión notoria á la corte ó sospechosos de compadecer la caída del rey que se encontraron y fueron reconocidos, cayeron asesinados á sus golpes. La mas inocente y la mas ilustre de estas víctimas fué Mr. de Clermont-Tonnerre.

Siendo uno de los primeros apóstoles de la reforma política, aristócrata popular y orador elocuente de la Asamblea constituyente, no traspasó en la revolucion los límites de la monarquía, queriendo únicamente el equilibrio ideal de los tres poderes, cuya quimera veía realizada en la Constitución británica. La revolucion, que queria no equilibrar sino cambiar los poderes, lo habia rechazado, así como se habia adelantado á Meunier, á Malouet y al mismo Mirabeau. Ella lo aborrecia tanto cuanto mas habia esperado de él. Cuando los principios se truecan en furor, la moderacion se cambia en traicion. Mr. de Clermont-Tonnerre fué acusado en la mañana del 10 de agosto de tener un depósito de armas en su casa: un grupo considerable rodeó su casa y lo condujo á la seccion de la *Cruz roja*, para dar cuenta de las asechanzas que tendia al pueblo. Su habitacion, registrada por aquellas gentes, le sirvió de disculpa. El pueblo, desengañado por la voz de un hombre honrado, pasa pronto de la injusticia al favor, así que aquella turba aplaudió al acusado y le recondujo en triunfo á su casa. Pero los sicarios, á quienes una mano invisible habia designado la víctima, se estremecieron al verle escapar. Un criado á quien habia despedido provocó contra su antiguo amo una reunion de furiosos: en vano Mr. de Clermont-Tonnerre, subido en un guarda canton, arengó con sangre fria á sus asesinos; un tiro que recibió en la cara ahogó su voz en sangre. Precipitase entonces en una fonda de la calle de Vaugirard, sube hasta el cuarto piso por salvar su vida, pero sus asesinos le persiguen y le

degitellan en la escalera, le arrastran por la calle y luego entregan á sus consternados amigos el ensangrentado cadáver, desfigurado, mutilado y despedazado por las armas innobles que desfiguran todo lo que matan; su joven esposa no reconoció el cuerpo de su marido sino por su traje.

XXII.

Apenas terminado el combate, Westermann, cubierto de polvo y sangre, fué á recibir en casa de Danton las felicitaciones de su triunfo: iba acompañado de algunos de los héroes de esta jornada. Danton lo abrazó, Brune, Robert, Camilo Desmoullins, Marat, y Fabre de Eglantine, se apresuraron tambien unos despues de otros á estrechar entre sus brazos a su gefe, y á recibir nuevas instrucciones para la noche. Las mugeres lloraron de alegría viendo vencedores á sus maridos cuando los creían víctimas del cañon de los suizos. Danton parecia pensativo, y cualquiera hubiera dicho, que aturdido y aun arrepentido de la victoria, dudaba aun por cual de dos partidos se decidiría, pero era uno de esos hombres que no dudan mucho tiempo, ni dejan su decision á los acontecimientos. Su fortuna empezaba en este dia: al siguiente fué ministro.